

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Externado de Colombia, actualmente a cargo de la Decanatura Cultural, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante*.

Este número 56, *Breviario de Santana* de Fernando Herrera Gómez es el libro con el cual ganó, en 2007, el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura.



N.º 56

Breviario de Santana



Fernando Herrera Gómez

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL

2010

ISBN 978-958-710-533-9

© FERNANDO HERRERA GÓMEZ, 2010
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2010
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Fax 342 4948
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Marzo de 2010

Ilustración de cubierta
Pico Bolívar (Mérida-Venezuela), por ANGELA VÁSQUEZ,
fotografía digital, 5008 x 1376 pixeles, 2007

Diseño de carátula y composición
Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Ladiprint Editorial Ltda.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

*A la memoria de mis padres.
Como saludo de bienvenida a Gregorio.
También para Catalina.*

*“Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.”*

AURELIO ARTURO

LA RUDA

De todos los olores de todas las hierbas, hay uno que pertenece a estas tierras. No es el del pelargonio al agitarlo, ni el del poleo en las eras, ni el del hervor del tomillo en la cocina, ni el del romero de púas como de pino, ni el del cidrón, ni el de la mejorana, ni el del toronjil que alegra el sabor del agua. Es un olor que no se confunde, que salta de pronto entre los arbustos, en los potreros, que nace silvestre a orillas del río, cerca de las tapias, en la mitad de los sembrados. A pie o a caballo, basta con rozar la ruda, con tocar levemente sus minúsculas hojas dentadas, sus flores amarillas, para que su olor se levante como un vuelo de torcazas, para que su aroma nos diga que estamos en Santana.

DESDE ARRIBA

Al ascender a galope tendido una de las colinas que rematan el valle, con el jadeo de las cabalgaduras sudorosas, nos detenemos a mirar desde lo alto. Al fondo están las torres de la iglesia del pueblo y sus oscuros campanarios, los tejados pardos de las casas moteados por la vegetación de los solares y, más al fondo todavía, el espejo ennegecedor de las aguas del embalse. A nuestros pies, se divisan las tierras de la hacienda en medio de los extensos y monótonos cobertizos de plástico de los cultivos de flores que niegan el paisaje. Las tapias ruinosas de los antiguos linderos, los pastizales azotados por el viento, los barbechos, la carretera de curvas suaves, el río, los arroyos, los ganados y la mancha nemorosa que oculta la casa, el molino, el granero. Una esbelta torre de hierro sostiene el enorme tanque plástico azul que guarda el agua que surte los grifos de Santana.

LA CASA

Para quien llega por la carretera que hace un par de curvas en el trayecto de medio kilómetro que hay desde la portada, la casa de Santana queda un poco hacia la izquierda; la entrada principal es por el patio. Aparece de frente con sus dos aguas en los extremos y en el centro el techo que se inclina. Está cubierta de antiquísimas tejas de barro cocido, revestidas de líquenes y musgos. Es de tapias pintadas de algo que una vez fue blanco y con las puertas y ventanas de un azul desvaído. Desde lejos se ve entre el jardín, con su amplio corredor de columnas de madera terminadas en arcos ornamentados con labrados y su chambrana; las puertas recargadas de listones y dinteles como de filigrana. Está medio oculta entre las plantas y, al mismo tiempo, por todas partes invadida de materas con geranios, unas suspendidas del techo, otras en los postes y en el piso en toda suerte de soportes de hierro. En el corredor hay cinco puertas que dan a las distintas habitaciones. Y adentro, en el centro, otro patio, también colmado de macetas.

EL HUERTO

Unos fragmentos de muro lo custodian. Aún quedan algunos manzanos y ciruelos de otras épocas, un papayuelo junto con un matorral de rododendros y unos añosos alisos cubiertos de líquenes se yerguen junto al caño que lo atraviesa. El huerto está a un lado de la casa y aquellas tapias ruinosas le otorgan un aire de claustro de monasterio, una apacibilidad conventual. Las paredes lo resguardan de los vientos, lo que hace que el pasto allí crezca con mayor vigor. El ámbito todo es tan sereno y de tal equilibrio que incluso el agua que corre por la acequia es callada.

LAS MONTAÑAS

Una hilera de montañas marca el límite del valle donde se levanta Santana. Detrás están los llanos infinitos. En tiempos de lluvias se adivinan apenas entre la bruma espesa, pero en los días soleados se recortan oscuras y graves contra el firmamento diáfano. Sus formas son caprichosas. A veces suaves y onduladas, otras abruptas, angulosas. Se perciben lajas enormes –vestigios de antiguos hundimientos, de cataclismos ignotos– que dan con su trazo geométrico una irregularidad misteriosa. Esa es zona de páramos y abundan las lagunas que fueron escenario de ritos religiosos de los antiguos pobladores.

JUANITO

De madrugada puede oírse el tintineo de los arneses junto con el estruendo de la carreta metálica que sale por el camino a dejar las cantinas de la leche en la portada. Juanito es el caballo que tira de la carreta. Es un potro percherón de color oscuro entre castaño y moro, de patas gruesas y peludas y de cuello colosal. No hace mucho lo trajeron. Es de una nobleza y mansedumbre extraordinarias que sólo se altera cuando alguna yegua pasa cerca, y entonces relincha con vigor abriendo los ollares. Me tocó ver cómo lo pusieron a tornear en el bramadero una tarde. Alcanzó a golpearse mientras se acostumbraba, pero en cosa de media hora ya sabía girar en ambos sentidos con la mayor naturalidad; luego, poco a poco, fue aprendiendo y en algo más de una semana ya estaba tirando de la carreta. Hay que ver con qué energía trabaja en el campo, cómo levanta las manos rítmicamente y enarca el cuello majestuoso mientras arrastra tras de sí los pesados instrumentos de labranza.

EL GRANERO

Es una construcción alta de gruesos muros, hecha de adobes de barro crudo con dos hileras de minúsculas ventanas laterales y cubierta con tejas oxidadas de zinc en dos aguas. De un lado está burdamente encalada y en el otro lado se ven desnudas las tapias. Ya no se muelen en Santana ni trigo, ni avena, ni cebada, de tal manera que su destino original hace tiempos no lo cumple. Hoy guardan en él un arrume de cajones en los que funcionaron colmenas de un apiario que también dejó de existir, madera de los árboles que talan de tanto en tanto y que van utilizando en distintos menesteres. Uno de los extremos se ha ido desmoronando y tiene un gran boquete ya sin muro. Allí guardan el viejo tractor y los arados. Adentro la trama de las vigas –armada con palos redondos– está negra de hollín, al parecer por una antigua forma de inmunizar la madera. Es albergue de ratones cerealeros, y los gorriones y las golondrinas a veces anidan en su interior. El viento silba en los filos de las tejas metálicas y de pronto se oyen caer con estrépito las bellotas de los eucaliptos cercanos. De resto el granero es fresco, oscuro y silencioso.

EL MOLINO

Hoy es utilizado como casa de mayordomo, pero antes fue el molino donde se trituran los granos. Tiene un aire oriental de pagoda que le da un pequeño techo cuadrado encima de la cubierta –también cuadrada– que se extiende venciéndose por tramos. Sobre los cuatro caballetes del tejado que rematan en el centro, se posan las palomas que no cesan de zurear. Dicen que en el altillo vive la comadreja que ha diezclado las aves de corral. Su puerta principal da al patio empedrado. Adentro, al fondo, mezclados con carbón de piedra, arden y crepitan los leños en el fogón de la cocina. Sube hacia el cielo el humo sin cesar.

EL PATIO

Queda en el lado opuesto del huerto, y entre la casa y el molino. En la mitad de una tapia cubierta de enredaderas de jazmines, un pórtico alto protegido por un estrecho alero de dos aguas sirve de entrada al empedrado de cantos redondos e irregulares; al fondo hay cuatro o cinco caballerizas en desuso y el cuarto de los aperos. Hay macetas de geranios de distintos colores en las paredes y en los postes en derredor; y en el medio una fuente de piedra en cuyo centro, en lo alto, cubierta de musgo y colocada de plano sobre una vulgar columna de cemento, está la antigua piedra circular del molino. Por el agujero del eje, brota el agua que baña la piedra y que surte al estanque. Unos nerviosos peces rojizos se agitan con el agua que cae.

LOS GANSOS

Siempre han estado en Santana. Se les ve a veces a lo lejos en los potreros comiendo pasto. Otras, plácidos, quietos en el agua serena, o espulgándose las plumas bajo el sol, o chapoteando, jugueteando, alborotando y removiendo el agua en el estanque. Ahora no son tantos, aunque pasan de una docena. Antes hubo más de cuarenta, pero un día desaparecieron. Dicen que se los llevó el río. Van en parejas con su andar torpe y cómico que los hace moverse de un lado para el otro y, si nos aproximamos, ellos bajan el cuello abriendo el pico y graznando amenazantes en señal de molestia por nuestra cercanía. De pronto deja de verse una gansa durante días y, en el momento menos esperado, entre los matorrales de la isla del lago, al pasar por allí, se siente un soplido seco y vemos entonces a la gansa llena de furia defendiendo el nido y los huevos que empolla. En la noche ante cualquier intruso, puede oírse el graznido de alarma de la parvada y es como si alguien impulsara una pesada puerta haciendo sonar sus goznes oxidados.

LOS CUADROS DE FONSECA

No son paisajes de gran factura. Los follajes de los árboles y las nubes con frecuencia quedaron burdos; hay demasiada solidez en el chorro de agua que debería ser liviano y gracioso, el perfil de las bestias es una silueta torpe, pero su intención al pintarlos fue amorosa. Él dejó consignado un retrato a retazos de lo que fueron estos territorios hacia mil novecientos cuarenta y cinco, y del frío de su aire. En varias habitaciones de la casa vemos sus versiones de la hacienda: Damasco, un monumental toro normando, en medio de un pasto de brochazos entre verdes y amarillos; Antifaz, un caballo que lleva cabestro con un fondo de montañas y nubes aborascadas; la represa en medio de unas masas verdes de maleza; un camino bordeado de árboles de rígido penacho inclinado que deben ser los vetustos eucaliptos de hoy en día. Me alegra saber que alguien antes que yo hubiera nombrado también, a su manera, a Santana.

EL JARDÍN

Aquí unas hortensias lilas o de un delicado azul pálido, las espadas verdes de unos gladiolos, unos matorrales de rosas; allá, girando como bailarinas, unas fucsias, luego unas amapolas de pétalos leves, más acá unas eras de agapantos, antes de unas hileras de cartuchos, un oloroso manojito de geranios, cerca de un redondel de pensamientos de diferentes colores y, en distintas partes, la emblemática flor de lis y las dalias inclinadas deshojándose en silencio. Todo bajo la fronda del cerezo, bajo la protección de unos tupidos arbustos de camelias, al lado de unos nogales y de una palma de cera adolescentes, junto a una araucaria, cerca de los sauces claros; tal el jardín que crece en desorden ocultando el corredor de la casa que escolta un penetrante borde de violetas, en medio del aletear eléctrico de los colibríes, del zumbido de las abejas, de los gorjeos y los correteos infantiles de distintas aves y, de tanto en tanto, la nerviosa ráfaga fugaz del toche entre las ramas de los árboles: “llama, llamita, manzana de miel”.

EL VIENTO

Entra por un boquerón de la cordillera trayendo todo el aliento de los llanos. A veces con fuerza, a veces suave, pero siempre constante, un soplo que no cesa, que marchita la hierba, que hace que las flores, los árboles, el pasto y las espigas crezcan inclinados hacia el occidente. Todo, todo en Santana está marcado por ese viento oblicuo, por esa corriente en diagonal que azota los surcos, que desvía el rumbo de las aves, que arrebató los sombreros.

LAS GARZAS

Antes no las había. Fue de unos años para acá que comenzaron a llegar de los llanos calurosos a las tierras frías y pronto estuvieron también en Santana. Se divisan a lo lejos en el verde del campo, esbeltísimas y blancas, con un gracioso penacho de plumas desflecadas en la cabeza y una tenue línea habana en la nuca, en el pecho y en el lomo. Nunca dejan que nos les acerquemos; están siempre merodeando cerca del ganado y de pronto se alzan en un vuelo levísimo del que no oímos ni el más mínimo aleteo.

CUARTO DE LOS APEROS

Está en medio de las pesebreras que dan al patio empedrado. En los muros hay soportes con herraduras invertidas que sirven de perchas y, colgados allí, se hallan los frenos y las jáquimas de los caballos y los zamarros de los chalanes. A un lado, en unas vigas redondas que van de muro a muro en dos hileras, están las sillas y los galápagos con sus estribos colgando, como si cabalgaran en ellos los duendes; y en un aparador abierto de entrepaños de madera, apilados, las herraduras y los clavos de herrar junto con los cepillos para peinar las crines, el sebo para el cuero y los unguentos para las inflamaciones de las coyunturas de las bestias. Todo allí adentro en esa penumbra, tiene un olor rancio de talabartería mezclado con orín de hierro y sudor de caballo.

LAS PESEBRERAS

De vez en cuando encierran allí al potro de alguna yegua a la que han ensillado, que se queda dando relinchos de angustia por su madre; pero de resto las pesebreras no las utilizan para guardar animales. Es seguro que en otros tiempos hubo en Santana sementales y otras bestias de cuidado asomándose por esas puertas partidas a la mitad que cruzan dos listones blancos como tibias de bandera corsaria. Hoy en día guardan allí bultos de abonos o semillas y tal vez las piezas en desorden de alguna maquinaria. De pronto, en medio de los trebejos arrumados, de entre una llanta vacía que hace las veces de nido, salta la alharaca de una gallina anunciando el milagro de un huevo.

EL RÍO

Es en verdad un riachuelo, una quebrada, pero siempre se le ha llamado “el río”, tal vez porque nunca se olvidan en Santana las crecientes de las que es capaz. Cuando llueve en los páramos, en lo alto de las montañas, baja con un caudal ronco y enloquecido saliéndose de su cauce y arrastrando con todo lo que encuentra a su paso. Quedan en las ramas de los árboles y en los matorrales de las orillas jirones de hierbajos secos e hilachas de lo que lleva en la urgencia de su viaje. Pero también sabe ser suave. Como llamando a los pescadores que acuden puntuales con sus cañas –como burlándose de ellos–, se ve de pronto un pez girar en sus remansos claros en medio del olor de la tierra y de los musgos; y en los tiempos de los crueles veranos, el agua lenta casi se estanca. A veces, incluso hiede.

CORREDOR AÉREO

Se oyen cruzar por Santana las naves. A veces el sonido sordo y lento de algún avión de hélice avanza obstinado royendo las masas sólidas y oscuras del cielo. Otras es apenas un punto altísimo, brillante, el destello metálico del fuselaje de un jet saltando de nube en nube, la espléndida estela de vapor zurciendo la atmósfera que estremecen -como retardados truenos de verano- las turbinas. Otras veces, en cambio, es el sonido intermitente de los rotores que oprime el pecho con su palpitación acosante. Pasa entonces, recortándose en el firmamento azul, un oscuro helicóptero artillado. La sombra enorme de sus aspas gira segando los campos.

MELODÍAS LEJANAS

Una desvencijada *Para Elisa* se oye a lo lejos con frecuencia. Se repite infinita la destemplada melodía que viaja en un triciclo de motor y que para de casa en casa repartiendo helados a lo largo del camino polvoriento cercano a Santana. Llegan ráfagas de canciones campesinas desde el radio de alguna casa de las colinas: jirones de la épica de un corrido mexicano, la ironía juguetona de una milonga de las pampas; o, venidas desde la caseta del ordeño, historias de amor de los valles de la costa contadas entre acordeones y tambores. Se oyen también de tanto en tanto las canciones entonadas por la tropa fatigada que pasa de regreso. Los amontonados soldados soñolientos cubiertos con capas impermeables que cruzan cantando desafinados –los fusiles en descanso apuntando hacia la tierra– con las piernas colgando fuera del camión que avanza pesado por el fango de la carretera.

CAMUFLAJE

De repente se descubren las carpas verdes confundidas entre los matorrales de la curva cercana al puente; y al alzar la vista están también ahí los muchachos de caras pintarrajeadas, parados, vigilantes, sosteniendo los agobiantes fusiles, fumando con desgano. Son casi niños. Esto se ve acentuado por la desproporción de su estatura con respecto a las armas y la indumentaria, y por los pesados equipos de radio que uno de ellos carga sobre su espalda. Se diría que juegan.

LA SIEGA

Como una jirafa de sueño, se ve lejana en la labranza la alta torre roja de la cosechadora en descanso. Y cuando está en la labor de segar la avena para el silo, va arrastrada por el tractor botando por el ducto hacia el vagón todo el heno ya partido. Es una fiesta ir en el carromato con los niños, mientras el chorro verde y macizo del forraje cae formando una creciente montaña que debemos dispersar apurados con el rastrillo, distribuyéndola por todo el remolque. Y luego de las curvas, al cambiar la dirección de la pluma, escupimos entre risas las briznas que nos han bañado la cara. Después, al bajarnos, cómo pican las parvas entre la ropa, entre las botas.

EL TÍO ÁLVARO

Tiene ya más de ochenta años y está ciego, pero sigue acariciando y palpando a las bestias y monta en ellas llevado de cabestro. Viene con frecuencia en los fines de semana, se calza sus botas de caucho y se deja llevar de un lazarillo por los sembrados. Baja la mano cautelosa y toca las espigas para saber si el grano ya está a punto.

LA MUERTE

A veces la muerte también visita estos lares. No es la casi anónima y eventual de una vaca. Son dos significativas muertes recientes: la del Sevillano, un caballo alto de galope suave y sostenido; no ha habido una rienda más dócil ni unos ímpetus más dispuestos que los de aquella montura. La otra fue la de Gos, un perro entre pastor y danés, de pelaje rojizo, que acompañaba siempre a los caminantes y a los jinetes en sus rondas. Sus manazas de barro quedaban siempre pintadas en los vidrios de los carros como saludo expresivo. Sus cuerpos, sus relinchos y ladridos hacen parte hoy de la tierra y del silencio de Santana.

EL ESTANQUE

Está antes de la casa, frente al molino. Lo surte un brazo chico del río desviado del otro brazo que riega las tierras del norte. Lo hicieron para los gansos y los patos. Sus aguas lentas, del mismo color del fondo fangoso, parece que no corrieran; dicen que en lo hondo del cieno habitan gordos peces barbudos. A un lado, en el césped, unos troncos sirven de asientos y de rústica mesa para los almuerzos campestres en las tardes soleadas. En derredor hay azucenas y cartuchos entre los sauces y dragos; tiene un par de islas, también con plantas y flores, y en el centro de la más grande de ellas, rodeada de jazmines, se levanta una pequeña gruta de piedra con la imagen religiosa que da nombre a la hacienda.

EL RIEGO

Unos gruesos tubos de aluminio de extremos redondeados descansan en un soporte detrás de las caballerizas. Allí permanecen arrumados mientras las lluvias mantengan verdes los pastos y los sembrados. Pero en las épocas de los largos veranos, cuando todo el suelo de Santana se cuartea y la hierba se reseca como paja, tienden los tubos del riego entre los surcos o en los pastizales. Se oye en la noche el susurro de los aspersores.

EL TORO

Es un animal grueso y robusto al que mantienen solo, sujeto con un lazo atado a un anillo de cobre que le atraviesa la ternilla. Es manchado de blanco y de un negro que se diluye en tonos cafés y dorados. Tiene en la frente unos remolinos de pelo que le dan un aspecto adusto de animal mitológico. De tarde en tarde, cuando alguna vaca no ha quedado fecundada con la inseminación artificial, lo llevan guiado de la argolla a cumplir con su deber. Cuando está solo paciando, de pronto alza la cabeza y, levantando el bello superior, olfatea en el aire el celo de alguna vaca lejana.

LLUVIA

Son dos épocas de lluvia al año. Una que va de marzo hasta bien entrado junio y otra que puede comenzar a finales de septiembre y que termina con los villancicos de diciembre. Todo se vuelve tenebroso en Santana. Los truenos “resuenan como en un sótano del cielo” y se desgajan unos aguaceros rabiosos, unos chaparrones que no dejan ver ni a pocos metros de distancia. Los campos permanecen anegados en esas temporadas, el pasto crece con rapidez y los sembrados verdean. La carretera se vuelve un barrizal y el tractor patina y se atasca entre el fango. Los animales dejan sus hondas huellas en los pantanos y aguantan el diluvio entumecidos con una actitud resignada. Los hombres que hacen las labores en el campo, envueltos en sus enlodados impermeables amarillos, hablan entre sí con gritos que asordina el temporal. Y cuando no son chubascos repentinos, es una lluvia sosa que se mantiene a media marcha y que puede no parar en días. Es hora entonces de quitarse las embarradas botas de caucho, de arroparse en la ruana y, en un mullido sillón, comenzar a leer mientras el fuego crepita y el agua escurre del tejado.

EL ORDEÑO

Cuando llevan al rebaño en la madrugada, todo el mundo duerme menos quienes se dedican al oficio del ordeño. Pero en la tarde temprano vuelven a pasar las vacas blancas y negras, urgidas, con sus rosadas ubres plenas y su andar difícil. Van en fila hacia la caseta móvil que mantienen cerca de la casa o del granero. Pasan en turnos a comer el grano, mientras los hombres que trajinan con ellas –en medio de un olor dulce de leche, boñiga y hierbas– las lavan y ajustan los aparatos que succionan de las ubres como terneros mecánicos. De regreso a sus pastos van satisfechas y livianas regando estiércol por la carretera. En las noches, la vacada descansa echada mientras rumia mansa bajo la luz de harina de la luna.

EL SILO

Previendo las épocas difíciles de las sequías, se hacen en la hacienda silos para alimento del ganado. Rompen entonces la tierra y siembran en ella avena o trigo que cosechan al estar las espigas con los granos niños, apenas lechosos. Apilan el forraje por capas que adoban con melaza de caña y que comprimen pasando las gruesas llantas del tractor por sobre el montículo, para evitar que haya aire oculto que corrompa. Luego cubren el silo con un grueso manto plástico negro y, encima de él, para evitar que el viento lo arrastre, ponen pesados bloques de césped. Cuando avanza el azul de febrero, cuando el sol inclemente ha tostado la tierra y la hierba fresca escasea, destapan el silo para dar de aquel fermento al ganado. Una fetidez de industria se levanta y llega invadiendo por ráfagas el aire limpio de Santana.

LAS TORCAZAS

Ya no hay escopetas de perdigones en Santana abatiéndolas como en otros tiempos. Ahora abundan, sobretodo después de la siega. Están ocultas en los campos de tallos dorados que brillan bajo el sol. Picotean los granos que han caído de los cultivos y permanecen escondidas entre los rastrojos y las hebras desflecadas por la máquina. Basta un silbo, un paso que haga crujir los guijarros o las pajas, y la bandada entera se levanta inquieta, como un solo vuelo ocre, terroso, aplaudiendo en la premura con las alas que golpean los cuerpos. Se alejan hasta posarse de nuevo en otro sembrado cercano, moviendo alteradas sus grisosas cabecitas de arcilla.

EL COMEDOR

Es una de las estancias que da al patio interior. Tiene al fondo un gran ventanal coronado por maderas labradas delicadamente y una larga hornacina que enmarca la parte inferior de la ventana, en la que guardan la vajilla y los cubiertos. La mesa es larguísima, y está custodiada en los flancos por suficientes taburetes, algunos de ellos tapizados en piel de caballo. Su madera veteada está siempre envuelta por una gruesa capa plástica con figuras de colores, como las que hacen de manteles en los baratillos de las plazas o en los alegres restaurantes de los pueblos. En ciertos acontecimientos la cubren lienzos de género con trabajosos bordados coloridos y, en los días de verdadero festejo, disponen sobre ella un lujoso mantel de lino blanco que anuncia su ruina en la docilidad de sus pliegues. Hay en las paredes del comedor de Santana algunos pocos cuadros: un fragmento de una reproducción de Murillo un tanto desvaída, con dos niños descalzos de ropas andrajosas que comen melón y uvas

a carrillos llenos; un relieve de imitación de marfil con una frase del apóstol Mateo, un par de platos con frisos de escenas holandesas y dos bodegones pintados sobre lata, cuyos ángulos en diagonal se enroscan, simulando viejos pergaminos. Resulta imposible la delicadeza del brocado, el inasible borde dentado de los claveles, la lozanía de los duraznos, de las manzanas, pintados con primor pueblerino, y punteados por el excremento oscuro y seco de las moscas.

LA ESCARCHA

La dicta el azul de enero. Cuando no hay nubes sobre Santana, en los días más luminosos, de madrugada, el frío cuaja el rocío de los pastos. Cruje entonces bajo los pasos la tenue capa de la helada. Las reses apenas si mordisquean los cristales de las hierbas quebradizas. Luego, cuando el sol calienta, amarillean los abatidos campos marchitos.

PARTO

De pronto amanece una vaca con su cría temblorosa al lado: un ternero frágil, de pasos inseguros, que busca con torpeza la ubre rosada y caliente, y la madre aprensiva que no puede apartarse de su hijo, girando desconcertada, bramando con afán. Pero también a veces los partos son riesgosos, sufre el animal que se echa en la tierra y se levanta enseguida, buscando que la cría se acomode mejor para salir. Llega quien está al cuidado, examina, consulta el libro de apuntes, hace sus cálculos y toma la determinación. Vuelve entonces con un balde de agua y desinfectante, saca de él una cadena que introduce por la vulva de la vaca. Al comienzo se asoman apenas las pezuñas del animal, pero luego, con el repetido movimiento de quienes tiran, va saliendo hasta caer, envuelta en babaza, la cría palpitante. Pronto se incorpora dubitativa, mientras la madre la peina con la lengua despojándola de las viscosas membranas con las que viene acompañada del acuático sueño de la gestación. Y luego, con la ubre hinchada y plena de calostro, inicia la vaca su huérfana maternidad burlada.

LA HERRADA

El hombre que porta largo delantal de cuero –para evitar alguna herida por un eventual movimiento brusco del animal–, empareja el casco con una navaja curva y una lima. Luego mide la herradura que abre o cierra con un mazo para que se ajuste al tamaño de la pata. Comienza entonces a martillar los planos clavos agudos de cabeza cuadrada que se van asomando a mitad del casco, antes de la madre; corta con las tenazas las puntas que sobresalen y después las remacha con otra pinza más larga. Por último, y de nuevo con la lima, pule el resto de callo sobrante, hasta que está a ras con la herradura. Queda así por fin calzada la bestia, parada sobre sus nuevas y sonoras medialunas de hierro.

LOS CULTIVOS

Es admirable la paciencia de quienes cultivan la tierra. La rompen con tractores y luego riegan abonos antes de sembrar en ella. Cuando salen los primeros brotes de las plantas quitan las malezas con la mano o con azadas, después fumigan contra los insectos dañinos y contra los hongos; abonan de nuevo, riegan en la noche para evitar quemaduras por el sol, o hacen rogativas para que escampe, si llueve demasiado. Por fin un día, después de meses de cuidados, llegan los cosecheros, sucios, como vestidos de tierra, recogen los frutos y los empacan en burdos sacos de fique. Trabajan entonces largas jornadas. Se ven en la oscuridad los dubitativos chorros de luz de los faros de los camiones avanzando tambaleantes por las irregularidades del terreno; se oye el sonido cansino de los motores que parten en la madrugada rumbo a la Central de Abastos.

EL TRACTOR

Es un viejo Massey Ferguson del año 65. Llegó a la hacienda después de un litigio. Ha hecho maldecir a quienes lo utilizan todo lo que no está escrito. Es de un torpe color rojizo y está destartalado, pero sin embargo funciona. Arrastra los arados, las cosechadoras y los remolques, aunque de tanto en tanto se descomponga. En lo anacrónico, en lo altivo y digno de su deterioro, tiene un alma que se parece a la de Santana. Se oye el martillar desacompasado de sus válvulas cada vez que llega a su refugio en el extremo averiado del granero. Cuando abastecen su depósito, los visos azulosos del combustible diesel hacen pensar en la delgada miel de caña que se les da a los animales.

LA SILUETA

Es la gran madre. Ya está vieja y cansada y se tropieza cuando se le monta. Ha parido a varios de los caballos que hay en Santana. Es blanca, con las leves manchas rojizas con las que envejecen las bestias claras. Parece una de esas distinguidas señoras a quienes se les ve una lejana hermosura marchitada por un destino injusto; una gran dama que amamantara los hijos de un marido procaz y lujurioso. Su linaje se ve en la arrogancia de sus crías, en la resignada serenidad que demuestra en los partos, en los decididos relinchos que lanza levantando las orejas dibujadas al presentir al más reciente de sus potros.

LA OSCURIDAD

Nada como dormir en la oscuridad profunda y el total silencio. La noche del campo, poblada de pequeñísimos trazos de insectos, de insistentes grillos lejanos, de aleteos de chapolas y del caer de hojas solitarias sobre las tinieblas blandas. La sombra imperiosa de una alcoba cerrada con puertas y ventanas de postigos de madera. Y al abrir los ojos cómo acoge la reconfortante bastedad de la negrura, los inexistentes muros, los techos de blanca cal hiriente. Así las noches de Santana. Y al amanecer, los segmentos del día dando a la penumbra su luminosa geometría.

LA SALA

Es en verdad un pasadizo amplio. Desde hace poco tiene también una chimenea. En sus muros se encuentran algunos cuadros de Fonseca, varias fotografías familiares –algunas de ellas de personajes que nadie conoció–, un par de imágenes religiosas y unos gobelinos de pretendida antigüedad, que representan escenas de caza con perros y caballos y jinetes de exquisitos trajes dieciochescos; también hay castillos lejanos en medio de unas campiñas de cuidadosa falsedad inglesa. El mobiliario tapizado en terciopelo rojo hace parte de la herencia de alguna abuela o tía que ya poco se recuerda. Y un tapete de algodón de rosas y ornamentos de oro bordado, que se curte bajo los pasos negligentes de las botas embarradas.

EL HALCÓN

Se sostiene en las corrientes. No planea como lo hacen otras aves de rapiña. El halcón se mantiene en un solo punto mientras aletea, como jugando con el aire. No se sabe si observa a sus presas, si ya tiene en mente algún polluelo de Santana. Esta en su agitada quietud, el cuerpo blanco debajo, pardo encima. Los ojos gallardos, la nariz altiva: todo él un gesto altanero. Agradecemos no estar destinados a sus garras curvas, a su pico filudo.

LAS CERCAS

Los primitivos muros que marcaron los linderos de Santana fueron reemplazados a trechos por elocuentes cercos de alambre de púas; y estos a su vez fueron desplazados por unas casi invisibles cercas de alambres electrificados. Caminando por los campos, se oye de pronto el tac-tac de la corriente como el pulso acompasado que late en las muñecas, en las sienes –un resonante chasquido de mínimo azul en la noche–. Y si tocamos la línea, cómo revienta el corrientazo sorpresivo en el cuerpo que luego se desmadeja debilitado por la descarga.

LOS ESPINOS

Dicen que son de estirpe africana. Nadie se explica cómo llegaron a lo alto de la cordillera de los Andes, pero en ella han encontrado suelo fértil. Lo invaden todo. Son unos arbustos de un verde profundo, erizados de púas, perversamente obstinados, que avanzan devorando los terrenos, hiriendo los ojos del ganado, restando tierra a las pasturas, malogrando los sembrados, respondiendo con mayor celeridad que cualquier otra planta a las primeras lluvias. Pero si para la ganadería y los cultivos son una maldición que se combate sin mucho resultado, para los insectos y los pájaros son el paraíso. En las diminutas corolas de sus discretas flores amarillas beben los colibríes y las abejas deteniéndose apenas. Con el calor del sol, si se oye con atención, se percibe desde lejos el minúsculo estallido de las vainas resecas y las semillas que saltan cayendo un poco más allá, ganando territorio.

LA ANTIGUA PORTADA

Se utilizó durante años, cuando los caminos de estos campos eran otra cosa. Y ahí quedaron los muros altos de cal descascarada y sucia, con su techo protector y su puerta de gruesos maderos burdos que cierra con un solo golpe por la inclinación. Ya no se abre casi nunca. La que se utiliza hace años es la de abajo, la de la carretera nueva, que no tiene ninguna señal. En ésta, en cambio, puede leerse arriba –como oponiéndose a la corriente del viento, como haciéndole repulsa– en torpes letras inclinadas que hienden los muros y en medio de las cicatrices que orlan las tapias, una única palabra: Santana.

LEÑA

Rara vez es cortada para ese propósito. Son por lo general ramas secas de los eucaliptos que caen con gran estrépito, trozos abandonados de estacones podridos, cortezas secas de árbol, troncos nudosos de espino encontrados en medio de las cenizas después del chisporroteo de resina de sus ramas aceitosas. Se recogen sin mayor pretensión en el campo, como quien levanta un hierbajo –sin hacer una labor– y se amontonan junto a la chimenea, que se inicia con las más frágiles ramas secas de los cipreses. Va creciendo entonces el fuego –va creciendo–, hasta hacer de la noche lóbrega y fría de Santana una fiesta de calor y de luz crepitante.

EL SÓTANO

Da al patio central, de frente al comedor. Está a un nivel un poco más bajo que las otras habitaciones; tiene el suelo de tierra y de techo un entablado que sirve de piso a una larga alcoba mas alta, de vigas estorbosas, con numerosas camas donde se aloja la muchachada. En este sótano, como en todos los desvanes del mundo, se acumulan sin piedad toda clase de enseres inservibles: estufas averiadas, botellas de refrescos ya discontinuados, viejos juguetes descompuestos, cortinas raídas, muebles sin una pata, ropa apolillada. Aún existen, colgadas del techo, las armazones donde ponían a madurar los quesos de los que fue gran productora Santana en otras épocas. Todo está pintado de otro tiempo en la penumbra de ese añoso bodegón.

LA REPRESA

Yendo de la casa hacia atrás, hacia los cerros, río arriba, entre matorrales apretados y custodiada por altos árboles, está la represa. Es un recodo de unos pocos metros de diámetro que aumenta y disminuye de tamaño según el capricho de las lluvias. Hace años alguien construyó un muro que represó las aguas con el fin de sacar un brazo que bañara las tierras del norte. Luego de aquel remanso sobre el que se reflejan los ramajes de los árboles –y unos lirios silvestres de flores como llamaradas en medio del verde–, por sobre el muro de contención que forma la represa, salta el agua vigorosa formando un arco que resuena entre los matojos con mayor estruendo a medida que nos acercamos.

LA BOÑIGA

Bien sea para ser arrastradas por el caballo o bien por el tractor, mantienen en Santana unas gruesas y pesadas llantas de camión partidas en mitades y cosidas entre sí con resistentes alambres, que arrastran por las dehesas regando la boñiga que han dejado las reses en el potrero en descanso. La esparcen para que sirva de abono. Y hay que ver, cuando pasa por sobre ella un par de semanas de lluvia milagrosa, con qué vigor crece el pasto bajo las bostas deshechas, y cómo brotan las sombrillas de los hongos.

LAS MIRLAS

Pocas son las cerezas que pueden comerse en Santana. Después de las minúsculas flores blancas, de los frutos redondos y verdes, hasta cuando están a punto, morados, se espera con ansiedad la cosecha. Pero llegan las mirlas y en cosa de una tarde acaban con ellas. Son pardas, con el pico y las largas patas anaranjadas. Miran desde sus ojos bordeados por un anillo del mismo color. Arrasan con las cerezas y también con las moras y con los huevos de otras aves. Y cuando no hay frutos, van saltando por el pasto, como canguros, buscando gusanos.

LAS CHIZAS

Al dar con la azada en la tierra, al levantar una piedra o un tronco abandonado, ahí están acurrucadas, trabajando en los destrozos. Tienen la cabeza amarilla con poderosas mandíbulas como cachos de toro; el cuerpo adiposo es un cilindro blanco de manteca punteado de patas rubias que se agitan con poca gracia y, al final, el rabo hinchado de un excremento terroso. Se alimentan de raíces, pero sobre todo de los cultivos de papa. Son las larvas de los cucarrones que abundan en Santana. Algunos ostentan fuertes cuernos de rinoceronte. Vuelan con un zumbido ronco para estrellarse luego torpes contra los muros, rodando atolondrados.

MARIPOSAS NOCTURNAS

Como recordándonos que somos mortales, sorpresivamente, aparecen las grandes mariposas oscuras que invaden la noche con su aleteo de mal agüero, anunciándonos la parca en las cornisas, en el rincón menos sospechado de los dinteles, detrás de las puertas. Pobres criaturas, a las que encuentra ciegas el día y con la escritura de sus alas quebrada.

EL AMOR EQUINO

Mucha cautela se ha tenido para que el joven caballo padrón esté aislado de las yeguas. ¡Ah! Pero ellos han sido guiados por la razón más poderosa y en mitad de la noche se oyen sus relinchos, quejidos y zozobras, sus urgencias obligantes que ignoran sogas y barreras. Al asomarnos, oímos desde el corredor el deleitable sonido acuático de la cópula, el agua densa y recóndita de la simiente sagrada que abunda y cae también sobre el suelo de Santana.

LAS CAICAS

Son solitarias. No andan en bandadas como las garzas o las torcazas. Tal vez un grupo mínimo de dos o tres que avanza de prisa unos pocos pasos. Son una especie de perdices del altiplano. Va uno caminando por un potrero y de repente, como un resorte que saltara del pasto, se aviva el aleteo pardo, negro, blanco y amarillo de un ave ascendiendo a toda velocidad. Suben y desaparecen rapidísimo en el cielo. Y en la noche, cómo se oyen sus alas en la oscuridad altísima llenando la bóveda con una agitación de máquina, con un ronroneo de juguete de cuerda.

PODA

Es saludable para las plantas el despojarlas de las hojas que ya se marchitan, de los pedúnculos sin flores. Es una poda necesaria, como cortarse las uñas, como cortarse el pelo. Se dedica uno a ratos a quitar esas hojas que ya se mueren, esos pedúnculos que sostienen unos cálices con corolas de pétalos ajados, unas tristes copas de bordes derruidos y al poco tiempo tiene una montaña de coloridos deshechos vegetales.

LAS CAPILLAS

El pueblo fue fundado allí, cerca del río. Levantaron las capillas en esa planicie y una edificación vecina que debía servir de casa cural. Pero luego, cuando el agua anegó aquellas vegas, decidieron trasladar la población un poco más allá. Y allí quedaron las construcciones que han resistido los siglos abandonadas en mitad de la nada, en cuyos alrededores a veces pastan las ovejas. Alguna mano piadosa da cal blanca a sus muros cada tanto. En su interior abundan –en medio de la basura– los letreros pro-caces en las paredes. Ahí están las capillas vecinas a Santana, con su inconfundible marca española de muros burdos e irregulares, con sus techos vencidos y manchados de musgos, abandonadas en el campo verde de impoluto cielo azul, con su desolada hermosura de postal.

LA NIEBLA

Sucede muy temprano, apenas el sol comienza a salir. Es un manto lechoso que camina, que se mueve entre los árboles, una franja fantasmal flotando sobre el pasto, una gasa que aun no arrastra el viento, desplazándose entre el vaho del ganado. Dura unos pocos minutos, mientras el sol declara el imperio total del día. Se confunde con el humo del vapor tibio del aliento, navega tenue deshaciéndose en jirones mientras la luz visita las corolas, mientras se condensa en las gotas del rocío que luego beberá el sol en cada hoja de hierba.

HUEVOS DE PATA

Apartando las ramas, husmeando en los lugares en los que sospechamos que puede estar a gusto la pata, hallar el tesoro de una nidada de diez o doce huevos blancos, manchados de pantano y con hierbas secas adheridas a la cáscara. En la cocina, astillar la fina porcelana casi translúcida mientras la clara densa y transparente se desprende arrastrando la yema de profundos tonos de azafrán. Y luego en la mesa luminosa del desayuno, adobado con sal y pimienta, romper el huevo frito, saborear el delicado dejo a tierra de la yema, encontrar sentido al gozo de las aves que viven chapoteando con su pico plano y amarillo, durante toda la jornada, en los fangales de los campos de Santana.

REX

Es joven. Era el compañero de Gos, pero se quedó solo. Algo de Pastor Alemán y de Labrador tiene en su sangre. Es afectuoso sin abundar en expresiones, lo que hace que se le quiera más. Resulta imposible pensar en una caminata o una cabalgata en Santana sin su compañía. Va corriendo al lado, oliendo todo lo que puede y dejando “su líquida tarjeta de visita”. Jamás entabla peleas con los otros perros que salen a retarlo, pero no se deja amilanar por ninguno. Le gusta bañarse en los arroyos. Mete medio cuerpo entre el agua, manotea, bebe, juega y de pronto sale chorreando y se sacude salpicándolo todo. Tiene algunas cicatrices en la cara, rayones oscuros, máculas que hablan de sus correrías nocturnas, de sus incontables batallas de amor.

TAMBRE

Avanzan serenas las aguas por las tierras planas de Santana. Las acequias, calmas, sonoras, las llevan bañando los recodos de la planicie que reverdece a su paso. Debe cambiarse de tanto en tanto su rumbo para favorecer otros territorios. Es necesario entonces obstaculizarlas en un sitio determinado y obligarlas a que tomen otro ramal. Se hace el tambre unas veces en cemento y con esclusas metálicas; otras veces se tambra con cespedones y barro apisonado. Toma el agua una nueva dirección que, con los días, hará reverdecer otros pastos.

EL CUCARACHERO

Dice Don Baldomero que es el ruiseñor en la América del Sur. Hay también una ilustración en mi viejo y descuadernado diccionario que no lo desmiente. Una tonada popular lo nombra, junto a su compañera. Lo veo a veces silencioso dar saltitos entre las vigas de las pesebreras de Santana. Brinca de un madero a otro, discreto, con su plumaje entre gris y café, con sus ojillos luminosos, su buche abultado y la colita levantada, la cabeza casi sin cuello y el pico puntiagudo, como un carpintero contrahecho y bonachón que aguzara la vista, con su lápiz en la oreja, para medir la longitud de sus piezas y luego trabajar en ellas. Tuerce la cabeza, mira las distancias, observa con detenimiento los viejos chusques encalados que soportan el entejado y la greda impermeable; gorjea haciendo temblar apenas su garganta, y se escurre de repente entre las tejas o por cualquier agujero de las tapias. Parece querer pasar desapercibido. ¡Cuánto afecto suscita este sencillo trovador de canto melodioso!

LOS CIPRESES

Debieron haber sido sembrados cuando se construyó Santana. Sus troncos robustos no alcanzan a ser rodeados por las brazas abiertas de tres personas adultas. Ya sólo queda uno que pronto se irá también al suelo. Eran dos cipreses enormes, albergue de muchas aves, que servían también de pórtico a la casa con sus ramas de verde profundo. Hace poco el más grueso y pesado de ellos se vino abajo. Mató una gansa que empollaba, quebró las ramas de varios árboles cercanos y se astilló contra la isla mayor del estanque. Ahora está el muñón del tronco ladeado en el que procuran verdear algunas enredaderas en medio de la resina del tocón.

EL SOL

El viento que sopla desde el oriente sin descanso, parece haber arrastrado al sol que ahora se oculta en occidente. Una profusión de arreboles tiñe el firmamento de distintos tonos rosa y naranja. Sopla viento perpetuo para que pase la noche bella de difusas figuras de estrellas, y amanezca y podamos ver otra vez, mojados en luz, los campos, los campos queridos de Santana.

FERNANDO HERRERA GÓMEZ

Medellín 1958. Realizó algunos estudios de Filosofía y Letras en la U. de Antioquia. Vivió en París, en España y en U.S.A. En poesía ha publicado *En la posada del mundo*, *La casa sosegada*, *Sanguinas*, *Bocetos mexicanos*. Ha recibido diferentes distinciones por su trabajo. En el año 2007 ganó con *Breviario de Santana* el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura de Colombia. Ha sido editor de portafolios de obra gráfica, publicista, gestor cultural, profesor universitario y reseñista. Poemas suyos han aparecido en diferentes antologías y publicaciones nacionales e internacionales.

CONTENIDO

La ruda [11], Desde arriba [12], La casa [13],
El huerto [14], Las montañas [15], Juanito [16],
El granero [17], El molino [18], El patio [19],
Los gansos [20], Los cuadros de Fonseca [21],
El jardín [22], El viento [23], Las garzas [24],
Cuarto de los aperos [25], Las pesebreras [26],
El río [27], Corredor aéreo [28],
Melodías lejanas [29], Camuflaje [30], La siega [31],
El tío Álvaro [32], La muerte [33], El estanque [34],
El riego [35], El toro [36], Lluvia [37], El ordeño [38],
El silo [39], Las torcazas [40], El comedor [41],
La escarcha [43], Parto [44], La herrada [45],
Los cultivos [46], El tractor [47], La Silueta [48],
La oscuridad [49], La sala [50], El Halcón [51],
Las cercas [52], Los espinos [53],
La antigua portada [54], Leña [55], El sótano [56],
La represa [57], La boñiga [58], Las mirlas [59],
Las chizas [60], Mariposas nocturnas [61],
El amor equino [62], Las Caicas [63], Poda [64],
Las capillas [65], La niebla [66], Huevos de pata [67],
Rex [68], Tambre [69], El cucarachero [70],
Los Cipreses [71], El sol [72]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Album de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendiñueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío. Antología poética 1947-2007*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas (1978-2008)*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en marzo de 2010

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
9.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem